

Tren con destino a ti

Alba Navalón



Ilustración de portada: kichigin19

© 2016 Alba Navalón

www.albanavalon.es

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

[Día 1 Alicante – Milán](#)

[Día 2 Milán - Roma](#)

[Día 3 Roma](#)

[Día 4 Roma - Pisa - Florencia](#)

[Día 5 Florencia](#)

[Día 6 Florencia – Venecia](#)

[Día 7 Venecia - Bled](#)

[Día 8 Bled – Vintgar – Viena](#)

[Día 9 Viena](#)

[Día 10 Viena - Budapest](#)

[Día 11 Budapest](#)

[Día 12 Budapest – Cracovia](#)

[Día 13 Cracovia - Oświęcim - Auschwitz - Cracovia](#)

[Día 14 Cracovia - Wieliczka - Cracovia](#)

[Día 15 Cracovia – Tren con destino a Praga](#)

[Día 16 Tren con origen en Cracovia - Praga](#)

[Día 17 Praga](#)

[Día 18 Praga - Múnich](#)

[Día 19 Múnich](#)

[Día 20 Múnich – Fussën – Hohenschwangau – Tren con destino a Berlín](#)

[Día 21 Tren con origen en Múnich - Berlín](#)

[Día 22 Berlín](#)

[Día 23 Berlín - Ámsterdam](#)

[Día 24 Ámsterdam](#)

[Día 25 Ámsterdam - Bruselas](#)

[Día 26 Bruselas – Brujas – Bruselas](#)

[Día 27 Bruselas – Gante – Bruselas](#)

[Día 28 Bruselas – París](#)

[Día 29 París](#)

[Día 30 París](#)

[Día 31 París – Rennes – Saint Michel – Rennes – París – Vuelo con destino a Valencia](#)

[Jueves 1 de agosto](#)

[Epílogo](#)

[CONSIGUE EL DIARIO DE VIAJE](#)

[Otros libros](#)

Día 1 Alicante – Milán

Había llegado el gran día. Al fin comenzaba el mejor verano de su vida. La mayor parte de la gente no es capaz de ver la importancia y transcendencia de un acontecimiento hasta que este ya no es más que un recuerdo, pero ese no era el caso de Marta. Ella sabía con certeza que aquel iba a ser el mejor verano de su existencia, un mes memorable que perduraría en su memoria viviera los años que viviera. Y esa experiencia única e inolvidable estaba a punto de comenzar. ¿Podía estar más nerviosa y emocionada? Probablemente no.

—¿Lo llevas todo? —le preguntó por millonésima vez su madre.

—Sí, mamá.

—¿Pasaporte? ¿Billetes? ¿Dinero?

—Sí, mamá.

—¿La bolsa de aseo? ¿La ropa de abrigo?

—Sí, mamá.

—¿Y la pastilla de jabón? ¿Te has echado la pastilla de jabón como te dije?

—¡Mamá! Déjalo ya, ¿quieres?

—Vais a estar muchos días fuera, necesitas la pastilla de jabón para lavar tu ropa sucia. No llevas suficientes bragas ni calcetines para treinta días. ¿Quién tiene treinta pares de calcetines?

Marta puso los ojos en blanco y suspiró.

—Lo llevo todo, mamá, incluida la pastilla de jabón. ¿Por qué no le pasas lista al equipaje de Diego? ¡Imagina que se le olvida la cabeza!

—No bromees, Marta. No estoy para bromas.

—Alegra esa cara, mamá. ¡Alégrate por mí!

Su madre hizo un amago de sonrisa que quedó en mueca fea. Su ceño seguía fruncido. Marta sintió pena por ella y se inclinó para darle un beso en la mejilla.

—No tienes que preocuparte por nada, mamá. Me portaré bien, tendré mucho cuidado y además Diego viene

conmigo, él me cuidará.

Pero su madre no quiso entrar en razón y se lamentó:

—No debería haberte dicho que sí. ¿Por qué te diría que podías ir?

Aquel error no había ocurrido un mes atrás, ni dos. Había ocurrido hacía dos años, cuando Marta tenía catorce años. Había sido una de esas promesas que los padres lanzan al aire para contentar a sus hijos sabiendo, o al menos creyendo, que no se van a poder hacer realidad. Cuando Marta había oído que su hermano planeaba un viaje con sus amigos, le había preguntado con ojos suplicantes si podía ir con ellos. Su hermano, su queridísimo Diego, le había dicho que por supuesto que podía sumarse al viaje, aunque antes tenía que conseguir permiso de sus padres. Y Marta lo había conseguido. Su madre había dicho textualmente «sí, cariño, podrás irte de viaje con tu hermano» después de que se lo preguntara por millonésima vez y solo había puesto dos condiciones que, aunque complicadas, eran asumibles: conseguir ella misma el dinero para el viaje y aprobar todas sus asignaturas con al menos un notable. Lo dicho: complicadas pero factibles. Y la concesión quedó allí, olvidada para todos salvo para Marta hasta que Diego decidió que al fin había llegado el momento de llevar a cabo su tantas veces soñado viaje.

Su madre al principio se escandalizó al saber que seguía decidida a irse con su hermano. ¡Ella, que ni tan siquiera era mayor de edad! ¿En qué cabeza cabía? Cuando Marta le recordó su promesa se hizo la sueca. ¡Ella no había dicho eso! Tras días y días insistiendo, finalmente su madre aceptó que quizá sí le había dicho que podía ir, pero añadió que obviamente no lo había dicho en serio. A esa excusa se añadió una retahíla más: que si pensaba que el viaje iba a ser cuando Marta tuviera al menos dieciocho, que si no sabía que iba a durar tanto tiempo...

Si no hubiera sido porque su hermano Diego se había puesto de su lado, le habría resultado absolutamente imposible convencer a sus padres. Pero Diego la había apoyado. Marta no estaba segura de sí cuando, dos años atrás, le ha-

bía dicho que podía ir con ellos lo decía en serio o no, pero cuando llegó la hora de la verdad la acogió en sus planes con los brazos abiertos.

Sin duda en eso tenía mucho que ver Diana, la mejor amiga de Marta y, por cuestiones del azar, novia de Diego. Diana tenía los dieciocho años recién cumplidos y sus padres, aunque habían protestado ante la idea del viaje, habían acabado dándole permiso. Su amiga, una vez tuvo el sí por parte de sus progenitores, había convencido a Diego de que el viaje sería muchísimo más divertido si Marta iba con ellos y Diego no había podido negarse. ¿Habría querido su hermano llevarla si Diana no hubiera ido también? Quizá, aunque desde luego, por mucho que la quisiera su hermano, si el viaje hubiera sido solo con su panda de amigos ella se habría quedado en tierra.

—¡Ahí está Marcos!

Hablando del rey de Roma...

Toda la pandilla de Diego, que en un principio se había mostrado entusiasta con el viaje, se había ido rajando conforme pasaban los días y el viaje iba cogiendo forma y volviéndose algo real. Era algo de lo más frecuente: todos parecen ansiosos por hacer algo diferente, divertido e inolvidable hasta que lo tienen al alcance de su mano y entonces comienzan a sacarse de la manga una y mil excusas. Eran todos unos cagados. Todos menos Marcos, que era justo la persona que Marta hubiera deseado que sí se quedara en tierra.

No soportaba a Marcos. De hecho, casi podía decirse que lo odiaba.

Se conocían desde que tenían memoria puesto que la familia de Marcos y la suya habían sido vecinas durante muchos años. Diego y él se habían criado prácticamente juntos y Marta, desde que aprendió a andar, se había convertido en la sombra del dúo. Le habían hecho cosas horribles, la mayor parte de las cuales el cerebro de Marta había decidido esconder en algún lugar oscuro e inaccesible, pero de vez en cuando los padres de unos o de otro sacaban a la luz historias que ahora se contaban como si fueran chistes

pero que en su día habían sido auténticas trastadas: cuando Diego y Marcos le cortaron el pelo a mechones irregulares porque querían saber si las tijeras del colegio cortaban algo más que papel; cuando le habían llenado la cara, los brazos y las piernas de rayajos de rotulador; cuando la habían subido a una mesa y la habían convencido de que podía volar, suceso del que Marta todavía conservaba una cicatriz en la frente... Pero no lo odiaba por eso. De hecho, recordaba su infancia como algo feliz pese a todas las maldades de que había sido víctima. Su odio por Marcos era mucho más reciente. Dicen que del amor al odio hay un paso y Marta sabía que era cierto.

Marcos llegó hasta el grupo de Marta y saludó primero a Diego, después a Diana, seguidamente a los padres de Marta y, finalmente, a la propia Marta. Aquello la sorprendió. ¿Acababa de decir «hola, Marta»? ¿De verdad se había dignado a decirle aquellas dos palabras acompañándolas de una sonrisa? ¡Bueno, debía de estar nervioso para haberse olvidado de que no se hablaban! Más concretamente, de que él no le hablaba a ella.

Marta no sabía exactamente cómo había ocurrido ni por qué. Para conseguir pagarse el viaje había estado trabajando en el bar que tenían los padres de Marcos y antes de comenzar había pensado que sería genial poder pasar algún tiempo con él. En aquel entonces estaba coladita por Marcos. ¿Qué chica que se precie no se ha encaprichado de algún amigo de un hermano mayor? Pero para su sorpresa, Marcos la ignoraba en el trabajo y cuando tenía que decirle algo usaba un tono mandón y frío. Su comportamiento hizo que Marta cruzara la delgada línea que existe entre el amor y el odio tras un mes trabajando con él.

Saludó cortésmente a Mónica y Alberto, los padres de Marcos, aunque apenas cinco minutos después le tocó volver a acercarse a ellos para darles un abrazo. Había llegado el momento de las despedidas.

—¿Estáis seguros de que lleváis los billetes, el pasaporte, el dinero...?

Su madre había vuelto a activar su modo «pasar lista» así que Marta se apresuró a abrazarla.

—Te quiero, mamá. No te preocupes, estaremos bien.

—Yo también te quiero. Ten siempre encendido tu teléfono...

Puesto que su madre no iba a dejar de darle instrucciones hasta que quedara fuera de su vista, Marta optó por ignorarla mientras se dirigía hacia su padre, que la ayudó a cargarse la mochila de excursionista a la espalda.

—Te quiero, cariño —le dijo él, dándole dos besos—. Ten cuidado. Haz caso a tu hermano.

—Sí, papá.

Igual que su madre estaba en modo «pasar lista», Marta llevaba casi un minuto en el modo «sí, mamá/papá». Pero su padre era muy avisado y se dio cuenta de que gran parte del cerebro de Marta no le prestaba atención.

—Cariño —la llamó, cogiéndola por el brazo y reteniéndola un instante más a su lado—. Pásalo bien.

Aquellas dos palabras consiguieron que Marta se dejara a un lado las respuestas automáticas y en lugar de decir «sí, papá», le dedicó una amplia y sincera sonrisa.

El viaje de su vida daba comienzo en cinco, cuatro, tres, dos, uno...

—¡Libertaaaaad, chicos! —exclamó Diego en cuanto cruzaron el control de seguridad.

Alzó una mano para que Marcos se la chocara, pero este estaba ocupado intentando que no se le cayeran los pantalones tras haber tenido que dejar el cinturón en la bandeja antes de pasar por el escáner, así que Marta aprovechó y, dando un salto, palmeó la mano de su hermano.

—¡Fiestaaaaaa! —replicó con la primera palabra que le vino a la mente.

—¡Uy!, qué peligrosa me has salido, hermanita.

Marta y Diana entrelazaron sus brazos y, riendo, se dirigieron hacia la puerta que tenía asignada su avión.

El vuelo entre Alicante y Milán era de aproximadamente dos horas y diez minutos y tras desembarcar, puesto que no habían facturado equipaje, no tardaron en coger un autobús que los llevó desde Bérgamo hasta la capital de Lombardía.

El trayecto en avión había transcurrido con tranquilidad. Dado que viajaban en una compañía de bajo coste, les habían asignado los asientos al azar cuando hicieron la facturación y habían acabado cada uno en extremos opuestos del avión sin poder comunicarse más que con miradas excitadas. En el autobús que los trasladó hasta Milán sí que pudieron elegir asientos, así que Diana y Diego se sentaron codo con codo mientras Marcos y Marta se sentaban uno delante de la pareja y la otra detrás, manteniendo las distancias por acuerdo tácito.

El hotel en el que iban a hospedarse en Milán estaba bastante cerca del centro, pero les costó horrores encontrarlo pues se escondía en una callejuela poco transitada de la que pasaron de largo varias veces. En el exterior tan solo un triste cartel anunciaba que se trataba de un hotel. Una única estrella acompañaba el nombre.

—Recordadme cuánto pagamos por dormir aquí. — Oyó Marta que decía Marcos, pero nadie se dignó a responderle ya que todos sabían que era una pregunta retórica.

Se dirigieron hacia la recepción, donde tuvieron que entregar sus documentos de identificación para que les dieran las llaves de las dos habitaciones que iban a ocupar. Marta era la única que llevaba pasaporte puesto que solo ella era menor de edad y de no llevar pasaporte habría necesitado un escrito ante la Guardia Civil firmado por sus padres para poder viajar al extranjero.

Subieron a dejar el equipaje en sus habitaciones y no llegaron ni a probar las camas, pues habían aterrizado algo después de las tres y estaban hambrientos. Ya que estaban en Italia, tenían claro cuál iba a ser su primer tanteo gastronómico: ¡pizza! El clima era cálido, pero no tan agobiante como el que habían dejado en España.

Su primera visita fue a la Plaza del Duomo, donde les esperaba la espectacular Catedral de Milán, un templo gótico revestido de mármol blanco que bajo el sol de julio parecía casi resplandecer. Marta se encontraba admirando sus pináculos cuando oyó la voz de Marcos a su lado hablándole sobre los cinco siglos que tardó en construirse el templo y los distintos estilos que se habían utilizado en su edificación. La joven lo dejó hablar, mirándolo sorprendida durante sus explicaciones, y aunque los datos le parecieron interesantes preparó un «¿y a mí por qué me cuentas eso?» para cuando terminara de hablar. Él no podía empezar a hablarle así porque sí y esperar que fuera a recibir sus palabras como agua de mayo. No iba a olvidar tan fácilmente que había estado más de un año ignorándola y haciéndola sentir insignificante.

No llegó a decir las palabras que tenía pensadas pues su hermano se le adelantó, palmeándole el hombro a su amigo a la vez que exclamaba:

—¡Ese es mi arquitecto!

Diana y él habían estado al otro lado de Marcos, un par de pasos por detrás, y por eso Marta no los había visto. El joven no le había estado hablando a ella sino al grupo. ¡Ya le extrañaba!

Tras admirar la fachada del Duomo, se adentraron en la Galleria Vittorio Emanuele II. Marta se fijó en la expresión admirativa de Marcos mientras paseaba bajo las bóvedas acristaladas de aquella galería comercial. Se había olvidado de que el próximo curso comenzaría a estudiar arquitectura, por lo que aquel viaje debía ser bastante especial para él. Descubrir los edificios más importantes de Europa antes de empezar a estudiar arquitectura debía de ser, cuanto menos, estimulante.

De camino al Castillo Sforzesco vieron el exterior del Teatro alla Scala. Marcos, que se había convertido inesperadamente en el guía del grupo, les habló del maravilloso interior con palcos revestidos de terciopelo rojo y adornos dorados.

—Pues el exterior es de lo más soso. —Marta no pudo contener aquellas palabras; se consoló pensando que no le hablaba a Marcos sino al grupo.

Para su sorpresa, Marcos se mostró de acuerdo con ella:

—Tienes toda la razón.

En el Castillo Sforzesco pasaron gran parte de la tarde para frustración de Diana, a la que no le gustaban demasiado los museos. Por suerte, no tuvieron que pagar entrada por ser menores de veinticinco años, así que no refunfuñó mucho. El Museo Egipcio, que exhibía, entre otros, varias momias, sarcófagos y máscaras funerarias fue el que más le gustó a Marta. Siempre le había fascinado el Antiguo Egipto.

Tomaron una merienda tardía en el Parque Sempione, que se encontraba en la parte de atrás del castillo y descansaron los pies tumbados en la hierba. Con el sol escondiéndose en el horizonte, pasearon tranquilamente por la ciudad, disfrutando del ambiente de sus calles, que con la huida del sol se llenaban de milaneses y turistas que disfrutaban de la agradable temperatura que hacía a aquellas horas. Cenaron en un parque unos bocadillos que traían desde casa y que supuestamente deberían haberles servido de comida y después, de mutuo acuerdo, decidieron volver al hotel para descansar. La jornada había sido intensa y al día siguiente tenían entradas a primera hora para ver la *Última Cena*, de Leonardo da Vinci, antes de salir hacia Roma en tren.

El ascensor del hotel era pequeño y renqueante. El interior estaba fabricado en madera, por lo que parecía sacado de la prehistoria, y sus crujidos y tirones no presagiaban nada bueno. Diana y Marta intercambiaron una mirada nerviosa y les entró la risa tonta mientras ascendían. Para cuando llegaron a la tercera planta, les había entrado a los cuatro un ataque de risa.

El baño era compartido entre todos los de la planta, así que Marta aprovechó que al llegar estaba vacío para darse una ducha y ponerse el pijama. Se estaba terminando

de cepillar el pelo cuando alguien tocó a la puerta y preguntó algo en un idioma raro que creyó era alemán. Optó por pedir «un minuto» en inglés puesto que germánico no hablaba. Quien estaba al otro lado de la puerta debió tomárselo al pie de la letra, o tal vez no quería perder su turno, pues cuando Marta abrió el acceso se encontró a un veinteañero rubio al otro lado, apoyado en la pared con una toalla al hombro.

—Hola —saludó él en inglés con una entonación de lo más sugerente. La recorrió entera con la mirada, de pies a cabeza, haciendo que el color acudiera irremediablemente a sus mejillas.

—Hola —replicó ella, dedicándole una sonrisa tímida.

Salió del baño para dejarle entrar y vio por el rabillo del ojo que giraba la cabeza para seguirla con la mirada. Intentó no correr mientras se dirigía hacia su habitación, aunque los nervios eran traicioneros.

—¡No veas la mirada que me ha lanzado un alemán que tenemos como vecino! —dijo al entrar en la habitación que compartía con Diana—. Y no veas lo bueno que está.

—¿Ah, sí?

El sobresalto que sufrió la joven cuando la voz que le respondió no fue la de su amiga le quitó un par de años de vida. Retrocedió automáticamente y se clavó el pomo de la puerta en la espalda. Ignoró el dolor y dijo:

—¿Qué haces tú aquí?

—Nos toca dormir juntos —replicó Marcos, como si fuera lo más normal del mundo.

Estaba en una esquina de la habitación, junto a su mochila, con unos pantalones deportivos que le llegaban a la rodilla y una camiseta en sisas que debía utilizar como pijama.

—¡Y una mierda nos toca dormir juntos! Yo duermo con Diana. ¿Dónde está?

—Con tu hermano.

—Voy a hablar con ella —resolvió, girándose hacia la puerta.

—Yo de ti no haría eso a no ser que quieras traumatizarte. Lo que deben estar haciendo ahora mismo no es apto para menores de edad.

Aquello frenó a Marta en seco. ¡Por supuesto! ¿Cómo no había caído en eso? ¿Por qué iban a querer Diana y Diego compartir habitación si no era para...? Bueno, eso. Debía habérselo visto venir antes siquiera de salir de viaje. Por una vez que podían compartir tranquilamente cama sin tener a sus padres cerca... ¡pero menuda jugarreta para Marta! ¿En serio tenía que compartir habitación con Marcos?

Se giró muy lentamente hacia él.

—Solo tengo un año menos que vosotros, tampoco creo que me traumatizara tanto, ¿no crees? —preguntó a la defensiva.

—¿No? Creo que me traumatizaría hasta yo, y eso que una de las partes involucradas no es mi hermano. —Lo dijo con una sonrisita que la fastidió terriblemente—. Además, tienes dos años menos. Nosotros tenemos dieciocho y tú dieciséis.

—Tan solo nací un año después que vosotros.

—Sí, pero eres de diciembre. Prácticamente eres dos años menor que nosotros.

—Tú naciste en junio —dijo antes de pararse a pensar en que no quería que él supiera que se acordaba de cuándo era su cumpleaños. Aunque bueno, él también sabía que el suyo era en diciembre, ¿no?— Nos llevamos un año y seis meses.

Él se encogió de hombros y Marta, frustrada, se dirigió a su cama y dejó sobre la colcha la ropa que había usado ese día.

—¿Y mi hermano no tiene nada que decir sobre que tú y yo compartamos habitación?

—¿Qué va a tener que decir si es en su propio beneficio?

—Bueno... yo soy una chica, tú eres un chico...

El resoplido burlesco que soltó Marcos la hirió en lo más hondo.

—¿Y?

Marta prefirió no contestar. No quería darle pie a que la humillara más. Con su resoplido ya le había dejado claro que algo entre ellos le parecía ridículo. Pero no tuvo suerte, su falta de respuesta no consiguió que Marcos no insistiera. Se giró hacia ella tras sacar algo de su mochila y añadió:

—Como si yo fuera a tener algo con una cría.

¡Dios! Le habría pegado una patada circular de las que le habían enseñado en taekwondo. En plena cabeza y sin casco que le protegiera su poco seso.

Se miraron durante un par de segundos hasta que Marta decidió que no merecía la pena dedicarle ni un instante más. Dejó sus cosas en la mesilla y se metió en la cama con el móvil para contarle a su madre con todo detalle lo que habían hecho ese día tal y como le había pedido que hiciera cada noche cuando pudiera conectarse a la Wi-Fi del hotel. Mientras escribía e intentaba olvidar que Marcos estaba en la cama de al lado, no pudo dejar de pensar que, quizá, después de todo, su presencia sí conseguiría ensombrecerle el viaje.